

Daniel Pécaut

Crónica de dos décadas de política colombiana. 1968-1988

BOGOTÁ: SIGLO XXI EDITORES, 1987, 438 pp.

por: Fabio Zambrano

La profunda crisis por la que atraviesa nuestro país desde hace ya varias décadas ha generado la construcción de una concepción circular del tiempo, noción que se basa en la repetición del pasado como una maldición, y por ello se ha arraigado la creencia colectiva de que vivimos en una historia condenada a la *clonación* eterna. Si bien el libro que reseñamos fue editado hace más de una década, sus planteamientos mantienen una notoria vigencia con la coyuntura que estamos viviendo. En especial, queremos destacar la argumentación que el autor nos presenta en el prólogo del libro en relación con la concepción del tiempo en Colombia.

En efecto, esta idea es la que desarrolla Daniel Pécaut en el prólogo de su libro *Crónica*, texto que recoge sus ensayos escritos sobre Colombia, los cuales han sido publicados en diferentes revistas. Como lo señala el autor, en Colombia, al contrario de los países seguros de su identidad, donde la interpretación del tiempo se descifra e interpreta en varias etapas, en una evolución que deriva hacia la consolidación permanente del Estado-nación, en el caso colombiano esto no sucede.

Para Pécaut, ésta es la razón por la cual las guerras civiles del siglo XIX son recordadas como si todavía dominaran la vida política del siglo XX, y fueran la causa directa de los conflictos contemporáneos. Así mismo, el recuerdo de haber vivido una ruptura, que en otros países es utilizado como un momento regenerador, en el caso colombiano



biano es absorbido por el 9 de abril, acontecimiento que se convierte en una gran frontera en el imaginario colombiano, no como un hito que señala un momento positivo, sino que se recurre a la idea de la muerte como el acontecimiento que nos amojona el pasado. Igualmente, a diferencia de lo vivido en países vecinos, los intelectuales colombianos no lograron construir mitos fundadores que se basaran en la glorificación de las comunidades prehispánicas, en sustitución a las visiones hispanizantes de las clases tradicionales. Muy al contrario, el padre fundador del partido liberal ha resultado ser el mismo de la izquierda armada: Simón Bolívar.

El mito de la repetición se convirtió en un elemento constitutivo de la identidad de los colombianos, el cual se ha enraizado con gran fuerza en el imaginario de los diferentes grupos sociales. Este mito del tiempo circular, que genera una serie de imágenes que nada cambia y todo repite, no se limita a la percepción de las manifestaciones de violencia; también se hace extensivo al discernimiento general de la realidad nacional. Los colombianos, en su mayoría, no perciben ni reivindican los cambios positivos que ha experimentado el país en las últimas cinco décadas y, por el contrario, tratan más bien de destacar los aspectos negativos, especialmente los hechos de violencia.

Este aspecto es subrayado por el autor, quien insiste en mostrar que, a pesar de que Colombia ha sido el escenario de un amplio proceso de modernización que ha cambiado las relaciones jerárquicas heredadas, y ha construido nuevas interacciones de grupos sociales que hasta entonces vivían separados, son pocos los colombianos que tienen conciencia de las mutaciones que han sacudido a su sociedad. Aunque esto se puede explicar por la presencia del mito de la repetición, también es cierto que ha existido un desinterés por parte de los partidos políticos de apropiarse de estos cambios como banderas de conquistas partidistas. Según Daniel Pécaut, es muy evidente que se padezca de la ausencia de un lenguaje político que le dé sentido a las profundas mutaciones que ha sufrido la so-

ciudad colombiana en el último medio siglo.

Esta situación se hace más evidente cuando se confrontan los cambios que ha experimentado el país en el periodo señalado, tales como la evolución silenciosa del puesto que ocupa la Iglesia en la sociedad, la revolución educativa, el exitoso desarrollo del control natal, la inserción de la mujer en el mercado laboral, el proceso de integración territorial del país, los cambios en la composición de la población, la transformación radical de la vida cotidiana, la nueva estructura de la familia, los cambios en la utilización del tiempo libre, la “revolución de las cosas pequeñas”, —que ha significado la evolución de la vida cotidiana familiar con los cambios materiales—, y la nueva dieta alimentaria, entre los cambios más notorios. Todas estas transformacio-

nes se han quedado como invisibles, puesto que no son percibidas por la mayoría de los colombianos, quienes seguimos enclaustrados en la imagen garciamarquiana de la repetición.

En la argumentación del autor, ésta construcción circular del imaginario colombiano tiene mucho que ver con la ausencia de proyectos culturales nacionalistas por parte de la clase dirigente, como también por la debilidad de las propuestas alternativas. Se dice que la burguesía colombiana no logró socializar al país en los valores que coincidían con su dominación, al tiempo que ha mostrado una débil capacidad hegemónica, así como una falta de liderazgo cultural, condiciones que presionaron para que fuera dejando en la responsabilidad de la Iglesia y la familia buena parte de la socialización que acompaña a la modernidad.

Es por ello que se impuso una serie de valores contrarios al universalismo abstracto del capitalismo que la burguesía impuso en otros países. A esto se suma la inexistencia de un proyecto cultural alternativo.

Nada más patético que contemplar cómo, desde distintas trincheras ideológicas, se comparte el mito fundador bolivariano, el cual sirve para legitimar los discursos de la derecha, el centro y la izquierda. Es paradójico observar que en los países vecinos los grupos insurgentes han utilizado personajes heterodoxos para legitimar sus discursos rebeldes, mientras que en Colombia el mito de la repetición ha permeado incluso a los que combaten a los creadores de ese imaginario.